

**AZTRALIA:
VIRTUDES DEL MISTERIO EN EL CÁLIZ DE COLORES
(*Brugmansia sp.*)**

WILLIAM TORRES
ANTROPÓLOGO UNIVERSIDAD NACIONAL
kajuyalitsamani@gmail.com

Recibido: 24 de julio de 2006
Aceptado: 9 de agosto de 2006

*Para ti, Pequeña Águila Blanca:
Maestra del Cantar y el Danzar.*

RESUMEN

Etnografía autobiográfica del trayecto de vida del autor relacionada con la *Brugmansia sp.*, en la cual describe su camino de investigación y conocimiento con taitas o chamanes, acerca de esta planta en diversos contextos culturales, tanto urbanos como en culturas indígenas en Colombia y la experiencia reveladora en que acuña el término de aztralia, para identificar esta planta conocida popularmente como borrachero.

Palabras clave: *Brugmansia sp.*, *borrachero*, *aztralia*, *tabaco*, *etnoliteratura*.

ABSTRACT

**AZTRALIA: VIRTUES OF THE MYSTERY OF ANGEL'S TRUMPETS
(*Brugmansia sp.*)**

Autobiographical ethnography of the life of the author related to *Brugmansia* sp., that describes his path of research and knowledge with the taitas or shamans, regarding this plant in diverse cultural contexts, urban as well as in indigenous cultures of Colombia and the revelational experience in which it is called aztralia, in order to identify this plant commonly known as angel's trumpet.

Key words: *Brugmansia* sp., *angel's trumpet*, *aztralia*, *tobacco*, *ethnoliterature*.

En los años durante los cuales estuve recibiendo las enseñanzas de mi maestro, el Abuelo Óscar Román, quien en su lengua uitoto lleva el nombre de *enokayĩ* (“Mafafa Roja”), me indicó que por un tiempo, mientras viviera en Bogotá, debería experimentar en el sueño y la vigilia con el alimento espiritual que gentilmente nos dona el árbol del Cáliz de Colores. Me dijo: “Este es el árbol sagrado que predomina en esta ciudad, y como éste es tu territorio, es importante que experimentes este alimento sagrado para tu espíritu y entendimiento”.

El Abuelo Óscar me indicó que todos los días y durante seis meses, debería coger el cogollo de las hojas tiernas que se encuentran en las puntas de las ramas de este árbol sagrado, y junto con sus flores, preparar una cocción para beber por pequeños sorbos durante todos los días. Así lo hice durante los seis meses recomendados.

Mi cotidianidad fluía alimentada por esta poderosa tizana, durante el día. Mientras que en las noches, mis sueños se alimentaban con el aroma emanado de las flores del Cáliz de Colores. El abuelo Óscar me había recomendado que todos los días al atardecer, cuando el árbol está emanando todas sus virtudes al Cosmos, pidiéndole permiso y contándole mi propósito, cogiera un cogollo de hojas tiernas junto con dos, cuatro o cinco flores. El ramito del cogollo de hojas tiernas y una de las flores, los dejaba toda la noche en un recipiente con agua, para a la mañana siguiente proceder a hervirlos y luego de reposarlos envasarlos en un frasquito de vidrio para, llevándolo en mi mochila, estar

bebiendo de este elixir durante todo el día y realizar mi cotidianidad orientado por él. Las flores, las colocaba en la cabecera de mi cama, con la abertura de su cáliz orientado hacia el centro de la almohada, de tal modo que al colocar mi cabeza en el centro de la almohada respirase toda la noche el dulce aroma del Cáliz de Colores.

Las experiencias vividas durante esos seis meses son indescriptibles, en su mayoría conforman un ámbito de lo indecible. Sólo narraré algunas dimensiones de realidad factibles de decibilidad.

Los primeros días fueron experiencias muy suaves. Destellos de luminosidad con colores suaves como translúcidas acuarelas, surgiendo fulgurantes aquí, allá. Una sequedad en la boca y la garganta me obligaba a beber agua, pero al beberla los efectos de la plantita disminuían o se detenían según la cantidad de agua que bebiese. Pronto descubrí que lo más adecuado era jugar y humedecer la boca y la garganta, sin beber el agua. De este modo los efectos continuaban. Así fue aumentando la intensidad de la visión cromática en el aparente vacío, llenándose cada vez más de colores luminosos, ya no sólo en el aparente espacio vacío sino en torno a los cuerpos y objetos circundantes.

Las dimensiones espacio-temporales fueron adquiriendo una nueva dimensionalidad. El tiempo se prolongaba en su multidimensionalidad única, en el cual el pasado y el futuro fluyendo en colores infinitos siempre esquivaban el presente. En una virtualidad infinita entretejida en el espacio, desde la cual, lo actual no era más que un pequeño punto de luz. Esto me exigía un esfuerzo muy grande, puesto que al estar vivenciando la experiencia en la plenitud de la cotidianidad, debía obligarme a adentrarme en esos pequeños puntos de luz de lo actual y desde el cual, al mismo tiempo, permanecer en lo virtual multidimensional. A cada instante esta experiencia se fue haciendo más y más intensiva. Al adentrarme en esos pequeños puntos de luz de lo actual, estos volvían a virtualizarse en un pasado-futuro espacializado al infinito, al tiempo que debía mantener el propósito firme de realizar con precisión todas mis actividades de la cotidianidad en una ciudad como Bogotá, que cada vez la

percibía más y más salvaje. De este modo la plantita me permitía nomadizarla, viajándola a través de mis actos.

Durante el tiempo que duró esta experiencia, realizaba una labor docente en la Universidad Distrital. Dos veces a la semana daba clases de dos horas relacionadas con la cultura griega antigua, y otras dos sesiones de dos horas para un seminario relacionado con el Lenguaje y las Palabras Chamánicas. Estos dos cursos me exigían una preparación previa especial, a lo cual le dedicaba una considerable cantidad de tiempo para la investigación, puesto que mi propósito académico consistía en aportar un conocimiento nuevo en cada una de las sesiones de los seminarios. Y en ello algo novedoso empezó a acontecer. Al leer y al escribir, las líneas de las letras de los textos se abrían en dos, de un color negro brillante y profundo. A cada unos de sus lados fulguraba un aura dorada metálica con la misma intensidad del oro. Y en esa aura, al ritmo de la lectura podía leer el pensamiento que el autor no había plasmado en la escritura, en el pasado-futuro de su pensamiento, en el afuera del pensamiento del autor y del mío, el cual plasmaba en la escritura que conformaba los pre-textos de mis clases. Pre-textos que se tejían en nuevas textualidades de un pensar novedoso que llegaba a mi visión en cada una de las sesiones de los seminarios. Esto hacía que cada sesión de los seminarios fuese una visión expresada en la palabra y en la voz entonada en el tema asignado. Y en la palabra y en la voz fluyente desde la visión, los estudiantes visionaban el tema escogido. Podía percibir las preguntas que se configuraban en la mente de los estudiantes y de este modo el tema fluía hacia ese nuevo sesgo, de tal modo que cuando les proponía que hicieran sus preguntas, los estudiantes comentaban que ya habían obtenido las respuestas a sus preguntas. Algo interesante en estas sesiones de clase era que a los estudiantes les era imposible tomar anotaciones porque cuando lo intentaban hacer, perdían el hilo de la exposición que se iba desmadejando en multiplicidad de sentidos y sensaciones. Esto me lo comentaron siempre los asistentes, y que para ellos en cada sesión, el entendimiento que adquirían era dimensionado en una visión continua que fluía de las palabras y la voz transpuestas en imágenes pensamiento en su entendimiento. Nunca les comenté a los estudiantes del uso que hacía de la planta, aunque alguna vez

me preguntaron qué era lo que bebía continuamente, de mi frasquito, durante las clases. Les dije que era agua aromática.

Algo similar pero de una intensidad mucho más viva la propicié a un auditorio mucho más amplio, en una conferencia que ofrecí en el Auditorio Camilo Torres del Departamento de Sociología en la Universidad Nacional. Un grupo de estudiantes de filosofía de la Nacional organizó por esos mismos días un seminario de filosofía, al que invitaron como ponentes a diferentes profesores, entre los cuales fui invitado. El tema que expuse fue “La Palabra de las Musas” y versó sobre las palabras de expresión mitogónica en el éxtasis chamánico propiciado por la Musas a Hesiodo. Dio la casualidad de que en esa época existían muchísimos árboles de *Brugmansia áurea* en el campus universitario, y justo ese día estaban en la plenitud de su floración. La conferencia debía darse a las cinco de la tarde. Desde el medio día me dediqué a recoger todas las flores blancas de el Cáliz de Colores. Recogí más de dos mil flores. Y con ellas cubrí todos los espacios del auditorio. La mesa grande desde donde se daría la conferencia, estaba completamente cubierta de campanas celestes. Las ventanas se cubrían de ellas. En cada uno de los asientos había una flor sagrada. Y el auditorio quedó cerrado, impregnándose del dulce aroma de embriaguez divina hasta el momento en que se abrió para el ingreso a la conferencia. Al abrirse el auditorio, este aroma impregnó con su virtud a todo el edificio. A medida que entraban los asistentes, cada uno tomó del asiento la flor correspondiente. Al iniciar la conferencia, les sugerí a los asistentes que tomaran con su mano izquierda el Cáliz de Colores y lo mantuvieran durante la conferencia muy cerca de su rostro para que estuvieran así todo el tiempo respirando de este dulce aroma.

La conferencia fue una experiencia de éxtasis colectivo, en la cual destellaron infinidad de colores, configurándose la palabra-voz en visiones musáceas de mitogonía arcaica. Al terminar la exposición no hubo preguntas, pero nadie quería levantarse para salir. En el espacio continuaban danzando las Palabras de las Musas donantes de visiones al enteogenizado auditorio. Poco a poco fue disminuyendo la experiencia. La noche estaba plena de estrellas en el despejado

cielo veraniego. Ya afuera, un grupo me rodeó. Por un rato no musitamos palabras. Sólo un destello de luz indescriptible fulguraba en el encuentro de nuestros ojos, en miradas cómplices. Después de un tiempo, una joven dijo: “¿Qué nos hiciste? Nunca antes vi cómo las palabras conformaban visiones tan espléndidas. ¿O eran las visiones quienes destellaban en colores y sonidos que parecían palabras?”. Sonreímos, y cada quien tomó el rumbo de retorno con una flor áurea en su mano izquierda.

En la siguiente semana, el rector de aquel entonces mandó a cortar todos los árboles de *Brugamansia* del campus universitario, porque todos los estudiantes de la Universidad Nacional andaban embriagados con una flor del Cáliz de Colores en su mano izquierda. Ahora allí retoñan unos pocos.

Los días pasaban lentos, el tiempo y los espacios se prolongaban. Mi percepción se intensificaba a cada instante. Podía prever con anticipación cualquier acontecimiento en la inmediatez del punto de luz que configuraba cada instante de la cotidianidad en el espacio salvaje de la ciudad. Así pude evitarle a muchos transeúntes, accidentes que habían podido ser mortales con el tránsito alocado de los autos.

Me aventuraba por rumbos desconocidos para mí de la ciudad. Y debí prestar muchísima atención al caminar, porque a veces la expansión espacio-temporal era tan fuerte que un auto que venía muy cerca de mí, era percibido a gran distancia. Agudicé entonces más mi relación con los pequeños puntos de luz que me introducían en lo actual.

Uno de esos días entré a una sala de la Biblioteca Luis Ángel Arango, para ver una película de etnobotánica filmada en la selva amazónica. En un momento la película mostró un frondoso árbol de *toé*¹. Y del árbol surgió un destello y resplandor de luz que se desplazó de la pantalla hacia todo el espacio de la sala. Era un manto luminoso de color verde manzana muy claro. Yo estaba en la primera fila. De pronto penetró este color por mis ojos y vi el interior de mi cuerpo impregnado de ese mismo color. El filme había desaparecido de mis

¹ *Toé* es uno de los nombres con los cuales se designa en la selva amazónica a la *Brugmansia insignis*.

ojos, y sólo percibía el vapor suave como neblina de ese color que impregnaba todo el espacio y el interior de mi cuerpo. Y de pronto, en ese color hubo un destello de luz dorada que configuró la palabra AZTRALIA. Al tiempo percibí que ese manto de neblina verde manzana suave, era el color en que se tornaba la cocción de las hojas y las flores de el Cáliz de Colores, y que no era verde manzana sino el verde de la clorofila de las hojas del arbusto sagrado. Y escuché unas palabras sin sonido de voz, la pura musicalidad de palabras de la planta diciéndome: “AZTRALIA es la virtud de la visión y su propio devenir en las palabras que has estado experimentando, y es el pensamiento del afuera de tus pensamientos que impregna al entendimiento”.

No recuerdo haber visto más imágenes de la película que se proyectaba. De pronto me vi que estaba en la calle frente a la Luis Ángel, y recordé que ese era el último día de los seis meses que el abuelo enokayĩ me había recomendado para experimentar con el Cáliz de Colores.

Estos seis meses no conforman mi primera experiencia con esta hermosa planta. Unos años antes había tenido mi primera experiencia con el *Toé* (*Brugmansia insignis*), conviviendo en un pueblo ticuna en el río Amacayacu, afluente del Amazonas. La aldea ticuna lleva el nombre de San Martín de Amacayacu. Allí había ido para realizar una pequeña labor etnográfica para el entonces Instituto de Recursos Naturales (INDERENA), en el Parque Natural Amacayacu.

Desde mi llegada a esa fascinante aldea de los ticuna, me llamó la atención la presencia de un nativo de nombre Remigio, a quien todos los ticuna le decían: “el loco Remigio”. Un hombre fuerte de más de cincuenta años, sin familia, quien jamás se había casado; siempre riéndose, siempre sonriente, siempre disfrutando de tiempo libre y siempre dispuesto a colaborar con algún oficio necesario para alguna de las familias necesitadas de alguna pequeña ayuda en las labores domésticas. A cambio de estos pequeños favores, recibía alimentos y así no tenía que preocuparse de esta urgente necesidad cotidiana. Un día picaba un poco de leña para una familia. Otro, traía unos baldes de agua del río para otra vivienda... Así obtenía su alimento, y disponía de mucho

tiempo libre para andareguear por la selva, su pasión favorita. Siempre riendo, siempre encontrando un motivo de burla, siempre haciendo un chiste. Siempre considerado como “el loco” del pueblo. Siempre libre. Un auténtico anómalo. Muy pronto hicimos amistad.

Un día me confió que su abuelo había sido un gran chamán ticuna. Y me confió que su abuelo había heredado de sus tátara tatarabuelos una planta sagrada que muchísimos años atrás había sido un bejuco y que, en ese momento, 300 años después era un gigantesco árbol que se encontraba muy adentro en la floresta. “Ahora es tan poderoso este árbol, que ya nadie puede usarlo. Y sólo yo se dónde está”, me dijo. “Si quieres, mañana madrugamos para presentártelo”. Al día siguiente caminamos selva adentro desde las tres de la mañana. Como a eso de las once de la mañana llegamos a un paraje silencioso donde predominaba un frondoso y gigantesco árbol. Me hizo sentar, recostando mi espalda al tronco gigantesco del árbol, diciéndome que descansara ahí. Y en un abrir y cerrar de ojos, Remigio ya no estaba por ningún lado. Pasé varias horas allí sentado, sintiendo sensaciones extrañas de un inmenso poder que emanaban de este árbol. Por momentos sentía que el gigante árbol me llevaba a otros mundos indiscernibles que eran este mismo mundo, en un silencio inmaculado. A veces me sentía flotar en el aire circundante del follaje. A veces me sentía observado por muchos seres misteriosos, y al voltear a verlos percibía leves destellos de sombras que se camuflaban sin ruido en el follaje. No sé cuánto tiempo pasó. De pronto una burlesca carcajada me sacó del estupor, cuando en ese momento pensaba: “El Loco me abandonó y no sé exactamente por dónde podré regresar al pueblo”. Era la carcajada burlesca de mi amigo anómalo, diciéndome: “Ya estabas asustándote. Nunca me fui. Todo el tiempo estuve aquí parado observándote, pero no me veías. Mi abuelo me enseñó a hacerme invisible en la selva. Este árbol en el que estuviste sentado todo el tiempo, es el del que te hablé. Se llama ayahuasca. Nadie más lo conoce. Sólo yo y ahora tú. Aquí vengo a sentarme, ahí donde estuviste sentado, y él me enseña y me habla muchos secretos de la selva. Es tan poderoso que ya no se puede tomar ayahuasca de él”. En ese momento yo no tenía la menor idea de las maravillas que nos puede donar la ayahuasca.

Unos tres días después me dijo que al siguiente día iríamos de nuevo a la selva para presentarme una amiga muy especial y que saldríamos a las cinco de la mañana. Nos adentramos en la selva durante una hora y llegamos frente a un hermoso arbusto. “Es mi amiga, salúdala con respeto. Puede darte un buen regalo”, me dijo, señalándome el árbol. “Buenos días”, le dije. “Dale la mano. Tócale esta rama”, me dijo, mientras él hacía lo mismo, mirándome con su sonrisa traviesa. Yo estaba perplejo, mientras él acariciaba el árbol, y con cariño le dijo: “Te presento a un amigo”. “Mírala -me decía- es bella y generosa. Pídele un deseo y te lo dará”. No sabía qué pedirle y de pronto sentí el deseo de volar. “Enséñame a volar”, le dije al árbol. “Ahora pídele permiso y coge siete de estas hojas grandes”. Así lo hice. “Despídetes, y vámonos sin voltear a mirar”.

De regreso, me dijo que su amiga tiene el nombre de *toé* (*Brugmansia insignis*). “Es muy poderosa”. Y me dio la enseñanza de cómo hacer para que se cumpliera mi deseo: cuando llegáramos a la aldea, debía colocar las siete hojas sobre las palmas tejidas del techo de la casa donde habitaba, para que recibieran la energía del Sol. Allí debían estar las hojas todo el día, hasta el atardecer. Durante el día, debía mantenerme con el firme propósito de aprender a volar. Y preferiblemente debía almorzar algo muy suave, como un caldo de pescado no grasoso, y no cenar. Al atardecer, antes de que se ocultara el Sol, debía recoger las siete hojas y enrollarlas en forma de un tabaco. Me recomendó acostarme temprano, y cuando estuviera en mi hamaca debía fumar la mitad de este tabaco, pidiéndole al *toé* que me enseñara a volar. La otra mitad del tabaco debía colocarla debajo de mi cabeza y quedarme así quieto a esperar el regalo.

Seguí todos sus consejos. A las ocho de la noche, fumé y coloqué debajo de mi cabeza, a la altura del occipital, la mitad del tabaco no fumado de *toé*. De pronto mi cuerpo se estremeció en un temblor súbito, y sentí, percibí y vi que mi cuerpo era un colibrí que volaba en el espacio. Al mirar a la hamaca, allí no estaba mi cuerpo. “Ahora estoy volando y soy un colibrí”, me dije. Revoloteé un breve tiempo sobre el follaje y me di cuenta de que podía volar a donde quisiera. Tomé la decisión de volar hasta Bogotá y visitar esa noche a una amiga.

Y al tiempo pensé que Bogotá estaba a muchos kilómetros de distancia y que volar en línea recta me tardaría mucho en llegar. En mi revolotear, observé que esa era una noche de Luna llena, y de nuevo pensé: Esta misma Luna se está viendo en Bogotá y en este mismo instante también está sobre Bogotá, de modo que si subo volando en dirección a la Luna, muy pronto podré ver desde arriba a Bogotá y descender allá fácil y brevemente. Así fue. Bajé directo a la ventana de la alcoba de mi amiga. Ella dormía en su lecho. Como colibrí la miraba desde el exterior del vidrio de la ventana y me pregunté cómo entrar. Al hacerme esta pregunta, pasé por entre el vidrio, y ahora era mi cuerpo normal el que caminaba suavemente para acercármele, y muy tenuemente le acaricié el cabello. Con la levedad del sigilo, para no despertarla y acaso asustarla. Atravesé de nuevo el vidrio. Mi cuerpo de nuevo era colibrí que remontaba el vuelo, preguntándome dónde ir ahora. Del mismo modo subí por los rayos de luz de la Luna para divisar mi pueblo e ir a visitar a mi mamá. Hice lo mismo, un leve carño en su cabeza para no despertarla.

Por el mismo sendero de la luz de la Luna, retorné a la selva para recorrerla adentrándome por uno y otro sitio. Antes del amanecer, retorné a mi hamaca, cuando mi guía, la Luna, ya se iba. Amanecí feliz. Desde niño, siempre anhelaba volar. En la mañana, con una sonrisa cómplice nos saludamos con mi querido amigo Remigio. El anómalo ticuna, a quien siempre le recuerdo con mucho carño en mi corazón.

Una semana más tarde, fui a Leticia y llamé por teléfono a mi amiga y a mi mamá. Ellas me dijeron, sin que yo les mencionara nada al respecto, que una semana antes habían tenido un sueño muy vívido en el que yo las visitaba y les daba una caricia muy suave.

Varios años después, en 1996, orienté un seminario sobre Plantas Enteógenas en la Maestría de Etnoliteratura de la Universidad de Nariño, en la ciudad de Pasto. Con este motivo, realizamos con los estudiantes de esta maestría, una pequeña investigación sobre el uso del floripondio, guanto o borrachero en los alrededores de Pasto. A continuación, presento brevemente los resultados obtenidos de esta indagación.

En la región del Bajo Putumayo, en el territorio siona, hace varios años, los chamanes de este pueblo produjeron un injerto de ayahuasca (yagé, *banisteriopsis caapi*) y borrachero. A esta variedad de ayahuasca, los chamanes siona le dieron el nombre de *bejí-i'kó* (borrachero-yagé). *Bejí* es el nombre en lengua siona para el borrachero. El abuelo Francisco Piaguaje (taita Pacho), y los otros chamanes de su comunidad lo usan con frecuencia. Los efectos enteógenos de este injerto son muy poderosos, propiciadores de visiones de colores muy vivos. Su potencialidad curativa es maravillosa Y su uso es muy frecuente en los procesos de aprendizaje chamanístico.

En el pueblo kofán, vecinos de los siona, a veces mezclan en la cocción de ayahuasca pequeños fragmentos del tallo leñoso del borrachero. Un efecto físico, tanto de la variedad *bejí-yagé* como de la ayahuasca cocinada con borrachero, es que en el cuerpo del tomador se manifiesta un gran sentimiento de frío en el cuerpo, y la “borrachera” es muy fuerte.

El abuelo Querubín Queta, uno de los más sabios chamanes del pueblo kofán, aconseja la preparación de un sahumero especial contra los efectos de la brujería, al mezclar copal (*Hymenaea courbaril*), tabaco y flores pulverizadas, previamente secas, del borrachero de flor blanca. Este sahumero se utiliza en las ceremonias de ayahuasca para curar a los enfermos que han sido atacados con brujería, y se sahumeriza en general a los participantes de las ceremonias de ayahuasca para prevenir los efectos nocivos de brujería.

Entre los pueblos caméntsá e inga del Valle de Sibundoy, los chamanes a veces también añaden a la cocción de ayahuasca pequeñas partes del tallo leñoso, hojas y flores del borrachero de flor blanca, para incrementar el poder curativo y visionario del enteógeno. Sin embargo, en esta región, el uso de esta mezcla es un poco controvertida, puesto que algunos chamanes de prestigio, como es el caso del taita Martín Ágrede, recomiendan evitar esta mixtura por considerarla de alto riesgo por el contenido de escopolamina en el borrachero.

Un antiguo relato inga, relacionado con el origen del uso de la ayahuasca, da

cuenta de la relación existente entre estas dos plantas sagradas. En él se narra que cuando los primeros hombres utilizaron por primera vez la ayahuasca, después de haber cortado los bejucos de esta liana para consumirlos, vieron en su experiencia visionaria que los bejucos volvían a retoñar y crecer, prolongándose hasta lo profundo del cielo, en donde la liana floreció. Las flores de esta ayahuasca eran flores blancas de borrachero, y en ellas floreció el Sol, quien hasta el momento no existía. De los rayos del Sol, bajaron a la Tierra los chamanes ancestros ataviados con sus trajes ceremoniales y portando los objetos sagrados utilizados ahora en las ceremonias de ayahuasca. Los chamanes ancestros bajaron entonando los cantos sagrados de la ayahuasca, cantos que eran acompañados de la música ancestral. Estos cantos y esta música es la utilizada por los chamanes tradicionales en el Valle de Sibundoy. Hasta ese momento, esos ancestros humanos que tomaron por primera vez la ayahuasca, no habían adquirido aún la virtud del lenguaje humano y en esta ocasión les fue donado por los chamanes ancestrales junto a los cantos y la música ritual. Así mismo estos antiguos humanos no discernían los colores en el mundo circundante, y con esta primera experiencia con la ayahuasca-flor-borrachero-sol aprendieron a discernir los colores del entorno.

El Valle de Sibundoy es conocido etnobotánicamente como un sitio privilegiado en la Tierra por el conocimiento y uso de un número muy grande de especies y variedades de borrachero. Taita Martín Ágreda me donó hace unos años una variedad muy especial de esta planta. Su nombre en lengua inga (quechua) es *amaru borrachero* (borrachero culebra), porque sus hojas crecen serpenteantes. Su uso requiere de un cuidado muy especial. Siete hojas maduras se comen crudas, después de ofrendar al árbol con tabaco y pedirle permiso para usarlas, solicitándole el favor de la visión y la experiencia requerida. Se requiere la presencia del chamán, quien consagrará las siete hojas y orientará la experiencia del interesado. Es indispensable un espacio completamente silencioso, porque cualquier sonido, por más leve que sea perturbará la conciencia del experimentador. El chamán no consume la planta puesto que su labor consistirá en cuidar atentamente a la persona que experimenta con ella, debido a que quien consume la planta pierde por completo la noción de realidad de sus

actos y puede realizar acciones inverosímiles, como intentar subir por un muro para caminar por el techo de la casa, o trepar por un árbol grande. Actos que podrían ser factibles de accidentes graves. Debido a esto, si en la experiencia hay varios consumidores de esta planta, se requiere la presencia de un cuidador por cada consumidor. Durante la experiencia, es posible que el consumidor cuente secretos muy íntimos de su vida y de sus actos, por lo cual se escoge muy bien a los cuidadores para evitar que los secretos contados trasciendan en chismes. Cuenta taita Martín que hasta hace pocos años, se les daba a comer una hojita de *amaru borrachero* a los niños que habían hecho travesuras y no querían contar la verdad. Al interrogar a los niños, después de consumida la hojita, éstos contaban la verdad y de este modo se podía conocer al culpable de la travesura.

En la vereda María Tisoy de Doña Yacu (Señora del Agua) del municipio de Santiago, territorio inga del Valle de Sibundoy, vive el taita Francisco Tisoy Potosoy, quien es un gran conocedor de las virtudes de la ayahuasca y del borrachero, en especial del *andaquí borrachero* o *salamangue*. También conocido como *monchira borrachero*, porque sus hojas asemejan el cuerpo de las *monchiras* (gusanos peludos). Para el taita Francisco Tisoy, el *salamangue* es masculino-femenino al mismo tiempo, y es considerado como la planta de máximo poder entre las que se pueden cultivar próximas a las viviendas, porque su uso permite conocer las virtudes y propiedades curativas de otras plantas de poder y medicinales, mediante las visiones que otorga al consumirse las hojas en números pares: dos, tres, cuatro y hasta doce pares de hojas de *salamangue*. Mascándolas o acompañadas de toma de ayahuasca. En su visión también se pueden manifestar los dueños de la planta, sus espíritus protectores. Los cuales tienen la virtud de cerrar el cuerpo contra las malas energías, volviendo al aprendiz resistente, para que las pueda contrarrestar, así como a las malas intenciones, pensamientos y pruebas negativas.

Al *salamangue* se le conoce como *andaquí borrachero*, porque era la planta preferida del antiguo pueblo andaquí. “Cuando el taita Francisco Tisoy tenía ocho años, empezó a usarla bajo el cuidado de su propio abuelo. Cuando

cumplió los catorce años, su abuelo le entregó doce pares de hojas para que las consumiera solo. El joven Francisco se dirigió al trabajadero que tenía el abuelo, al lado de la montaña y se las comió de tres en tres. Era muy temprano en el día, pero al instante llegó la noche con sus abismos, y emergió la luz que lo llevó a los confines de los misterios, en visiones de jardines de plantas medicinales. Se alimentó del hielo y el fuego de la Luna. Se enfrentó a perros negros con rostros de hombres. Aprendió el secreto del venado y danzó el baile circular de las polillas que dibujan con sus patas la forma del tiempo en luces verdes y azules. Regresó a los cuatro días. No tenía hambre. Explicó que ese día no deseaba comer nada, porque los espíritus de la plantita lo habían alimentado con cuantas frutas y manjares que él les había pedido”².

El taita Juan Bautista Ágreða, chamán camëntsá, hijo de taita Martín Ágreða, me confió una experiencia muy particular con el borrachero. Alguna vez leyó en un libro sobre plantas medicinales y misteriosas, que cuando el borrachero está en su floración se puede hacer un pacto de alianza con él. Con una espina se pincha el tronco del árbol hasta hacerle sangrar su savia y al tiempo se pincha el dedo del corazón de la mano izquierda hasta hacerlo sangrar. Se unen las dos sangres, la del dedo y la del tronco del árbol, para unir los espíritus de los pactantes. Luego se cogen pares de hojas del árbol y se comen pidiéndole el favor al borrachero de hacerlo invisible. Taita Juan realizó este ritual y pudo constatar que efectivamente se volvió invisible por todo un día, estuvo cerca de otras personas y entró a sitios donde había gente que nunca lo vieron ni sintieron.

En el informe de investigación realizado por Oswaldo Ruiz, para el Seminario de Plantas Enteógenas de la Maestría de Etnoliteratura de la Universidad de Nariño, realizado en el año 1996, el estudiante anota: “El elemental del borrachero, es todo un mago; es neptuniano y tiene poderes terribles. Visto clarivamente, este elemental parece un niño de 12 años de edad, y tiene en sus manos la vara del mago. Todo árbol de borrachero tiene su correspondiente elemental, el que debe ser utilizado por quienes deseen salir conscientemente

² Informe de investigación al Seminario Plantas de Enteógenas de la Maestría de Etnoliteratura (Universidad de Nariño) presentado por Alfredo Ortiz. Febrero 26 de 1996.

en cuerpo astral. Se utiliza el elemental de este árbol para enseñar a discípulos a salir en cuerpo astral. Se toma una vara del mismo con la que se traza alrededor de él, un círculo bien amplio en el suelo; machaca las flores del árbol y unta el zumo en el cerebro del discípulo. El discípulo acostado en su lecho, se adormece y se le da las órdenes al elemental para que lo saque fuera del cuerpo físico. Estas órdenes van acompañadas del mantra que tiene el borrachero. Luego se ordena al elemental así: “Cuando yo te llame, concurrirás siempre. Yo necesito que me saques en cuerpo astral, siempre que te lo ordene”. Posteriormente se pincha el discípulo con un alfiler en un dedo de su mano y con un cuchillo hará en el árbol una incisión en la cual depositará su sangre, quedando de esta manera formalizado el pacto con el genio del borrachero. Luego, el discípulo corta uno de sus cabellos y lo cuelga del árbol. Toma algunos pétalos de las flores, los deposita en una bolsita y los cuelga a su cuello como talismán. Desde este momento el discípulo tiene bajo su servicio a este humilde elemental, que concurrirá siempre a su llamado. Cuando el discípulo quiere salir en cuerpo astral, se adormece en su lecho pronunciando el mantram del árbol y con la mente concentrada en ese genio elemental, llamándolo mentalmente, rogándole que lo saque en cuerpo astral; y en ese estado de transición entre la vigilia y el sueño, el elemental del borrachero lo sacará de su cuerpo físico, llevándolo a lugares por él anhelados. Cuando el discípulo quiere volverse invisible, pronuncia el mantram del elemental de este árbol; llama a su servidor y le ruega que le haga invisible, lo que será un hecho”. Esta información, le fue donada a Oswaldo Ruiz por un mago blanco de la ciudad de Pasto, quien le exigió mantener en secreto su nombre.

Por los caminos veredales, en las cercas de las fincas, en los potreros y huertas de las casas campesinas de los Andes nariñenses, abundan árboles y arbustos del Cáliz de Colores: blancas, amarillas, blancoamarillas, rosadas, rojas, rojiamarillas y verdirrojas, son los colores de sus flores. Son muy variados los usos medicinales y agrícolas conocidos por los campesinos nariñenses, legados por los pueblos nativos Pasto y Quillasinga.

Se acostumbra a sembrarlo junto a las viviendas para contrarrestar los maleficios,

las envidias y prevenir los robos. “El floripondio blanco o amarillo es buena planta, sirve para curar y hacer el bien. Antes nos robaban mucho, hasta la ropa, pero un día a mi esposo un señor le aconsejó que sembrara alrededor de la casa floripondio o guanto blanco, y cierto, jamás nos volvieron a robar. Por la noche, cuando está en flor da fragancia y eso es bueno, saca lo malo de la casa”, comenta la señora Rosa María Yaqueno de la vereda San Antonio de Obonuco (Pasto, Nariño)³. Es en un gran protector del espíritu de los habitantes. Para limpiar las casas de energías negativas, se acostumbra a barrerlas los días martes y viernes con una escoba hecha con ramas del borrachero. Don Victoriano Jojoa, curandero mestizo de la vereda San Antonio de Obonuco (Pasto, Nariño), cura el mal aire, limpiando el cuerpo del paciente con un ramo hecho de flores de borrachero blanco (llamado *guamuco*) y con hojas de la planta conocida como *gallinazo*, al tiempo que le sopla el cuerpo con aguardiente. La señora Luz Jojoa, partera y curandera, quien vive en la vereda el Barbero del corregimiento de La Laguna de Pasto, utiliza el borrachero para limpiar a las personas a quienes les han cogido el rastro y les han hecho maleficios; se les baña con agua a la cual previamente se le ha sumergido la flor del borrachero blanco. Ella también recomienda majar el floripondio con la planta *seguidora* y hacer un riego dentro y fuera de la vivienda, los días martes y miércoles, para atraer la buena suerte.

Don Moisés Pinza, curandero mestizo de Mocondino (Pasto, Nariño), utiliza el floripondio blanco, al que le da el nombre de Corneta del Ángel “porque su regente es el Arcángel Gabriel”. Cuando se presenta un paciente con maleficio, don Moisés toma tres flores del borrachero diciendo la siguiente oración: “Por el poder de la Santísima Trinidad, sagrado elemental te pido que me ayudes a sacar todos los males de mi cuerpo”. Procede a sumergirlas en agua, y con esta agua realiza un baño para el embrujado, al tiempo que reza: “Yo te pido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”⁴. En el municipio de

3 “El floripondio, borrachero y guamuca”, informe de investigación de Martha Lucía Azain al Seminario Plantas Enteógenas, Maestría en Etnoliteratura (Universidad de Nariño). Pasto, febrero de 1996.

4 “Corneta del Ángel o floripondio – guamuca”, informe de investigación de Myriam Gema Rodríguez al Seminario Plantas Enteógenas, Maestría en Etnoliteratura (Universidad de Nariño). Pasto, febrero de 1996.

Imués (Nariño), los curanderos recomiendan hacer cigarros con las hojas de borrachero para fumar y soplar el cuerpo, de este modo se previenen y alejan las pestes y los malos espíritus. Otros médicos tradicionales de Nariño recomiendan mezclar las hojas y flores de borrachero con altamiza, ruda y chundur en aguardiente para soplar y curar el cuerpo de pacientes con mal aire, malhecho y el espanto de los niños.

Es muy común tener un árbol de floripondio como gallinero para evitar el achaque de las gallinas. Si no se hace esto, y les da achaque a las gallinas, se les da zumo de hojas de borrachero exprimidas para curarlas. Sembrado en las esquinas de las fincas, previene y cura de pestes a los animales. Quienes se dedican a la cacería, alimentan a sus perros de presa con la comida mezclada con hojas y flores del borrachero blanco para agudizar su instinto cazador. Cuando hay plantas de cultivo que no dan fruto, se siembra borrachero blanco junto a las plantas y de inmediato se producen excelentes cosechas. Las hojas del borrachero se las unta al cuerpo de las ovejas recién trasquiladas para que les crezca más rápido y aumente la lana. Con las hojas y flores de borrachero se fumigan las plantas cultivadas, como excelente insecticida.

En Sibundoy (Putumayo) se comenta que a los enemigos se les da a beber chicha de maíz mezclada con hojas de borrachero para causar daños cerebrales irreversibles. En la Comunidad de Chacapamba (Nariño), a los hombres que engañaban a sus novias, estas les daban tomas de borrachero para enloquecerlos. Y las mujeres que descubren a sus maridos en el flagrante delito de adulterio, les preparaban un delicioso cuy aderezado con borrachero y la planta conocida como *chamico*, lo cual les produce ceguera permanente.

Cuando en los vecindarios hay perros demasiado bravos, que muerden continuamente a la gente, las heridas de estas mordeduras se curan machacando la flor de borrachero de flor amarilla, mezclada con sal y ají y aplicándola en la herida. Las mordeduras se curan de inmediato y el perro muere al instante.

Para las hinchazones de la garganta, se sancochan las flores en orines de niño y

se colocan emplastos. Para las hinchazones de los senos en mujeres lactantes, se hace una pomada de las hojas de floripondio en unto (manteca) de marrano y se aplica en los senos. Para las hinchazones por dolor de muelas, se hace un ungüento de hojas de borrachero en aceite de almendras y se aplica en la parte afectada. Para el dolor de muelas se soasa en la candela la flor y se aplica en la parte afectada. Cuando se hincha la cara, auchar (asar al rescoldo) pétalos de las flores con orina de bebé (o en alcohol) y aplicar los pétalos en la mejilla. Para las inflamaciones en general, se preparan tres flores en infusión por diez minutos y se aplica esta infusión con todo y flores por cinco minutos en la parte afectada. Se pueden tratar también, calentando alcohol y remojando en él las flores para aplicarlas en la parte inflamada. Para inflamaciones de la cara y el cuello, se soasan las flores en aguardiente y se colocan emplastos. Para la hinchazón rojiza de los dedos de los pies, se hierva alcohol, y luego se colocan las flores blancas en el alcohol caliente, después se colocan en la parte afectada. También se hierven las flores con el pecíolo y con ello se baña la parte afectada. Las inflamaciones producidas por golpes se frotan con las hojas y flores del floripondio soasadas y mezcladas en aceite de oliva.

Contra las hinchazones, picadura de moscos y mordedura de culebras, se soasan las flores de *guamuca* (borrachero de flor roja y amarillo) y de floripondio (borrachero de flor blanca), al calor del rescoldo, estas flores sueltan una especie de miel, la cual se frota en la parte afectada, y se cubre con las flores soasadas.

Cualquier tipo de heridas se puede tratar con emplastos de hojas de borrachero.

El insomnio se cura colocando flores de borrachero debajo de la almohada, esto mismo permite tener sueños maravillosos.

Cuando los niños están pasados de frío, se cogen flores amarillas de borrachero, se colocan sobre un ladrillo previamente calentado en un fogón de carbón y sobre él se sienta al niño o se le hace recibir el vapor. De este modo se previene

el hecho de orinarse en la cama. Para esto también se recomienda disolver hojas y flores de floripondio en vela de cebo caliente y colocársela en el ombligo a los niños.

En el Valle de Sibundoy se conoce una variedad de borrachero de flores rojas, cuyo nombre es *guin*, de sus flores y hojas machacadas se extrae un zumo que se usa como abortivo.

Los dolores fuertes de cabeza se tratan aplicando emplastos de hojas de borrachero blanco.

El sarampión se cura bañando a los niños con flores y ramas de borrachero blanco y amarillo, previamente cocinadas.

La sinusitis se puede tratar colocando en la frente emplastos de hojas y flores de borrachero blanco impregnadas de aguardiente.

Las hojas de borrachero se secan a la sombra, una vez secas se pulverizan y si se cocinan seis cucharadas de este polvo en un litro de agua y con él se frotan constantemente las piernas afectadas por venas várices, se obtiene la curación.

De la misma manera, las hojas secas del borrachero en un lugar oscuro, se pulverizan y se ponen a las brasas. Al aspirar este humo por la nariz, las personas afectadas de asma se curan. Los asmáticos también pueden fumar las hojas secas.

El reumatismo se puede tratar moliendo hojas y semillas frescas de floripondio, luego se hierven por cinco minutos en aceite de cocina. Se obtiene así un unto para frotar las partes reumáticas.

Para la artritis se prepara una pomada al mezclar las hojas pulverizadas de borrachero, previamente secadas a la sombra, con tabaco y sebo de ganado. Se frota con ella las partes afectadas.

En el Valle de Sibundoy, se conoce también una variedad de borrachero nombrado *quinde borrachero*, de flores blancoamarillas. En lengua quichua, *quinde* es el nombre del colibrí. Y existe otra variedad de nombre *monchira borrachero*, el cual comparte con el floripondio la característica de tener flores blancas acampanadas, pero se distingue de él porque sus hojas son afelpadas como lo es en su cuerpo una variedad de gusanos que recibe el nombre de *monchira* o *munchira*. Don Pedro Juajibioy, etnobotánico camëntsá, quien en vida fue el principal informante de R. E. Schultes sobre los borracheros del Valle de Sibundoy, nos informó cuando lo vistamos en su Jardín Botánico, con motivo de una práctica de campo del Seminario de Plantas Enteógenas que hemos mencionado, que la parálisis se puede curar del siguiente modo: en la noche se baña el cuerpo con hojas y flores de *quinde borrachero* cocinadas con las siguientes plantas: pacunga, limoncillo, ruda y altamiza. Luego se aplica y fricciona el cuerpo con una pomada hecha con *monchira borrachero* y sebo de oveja. Estos baños y fricciones se hacen dos o tres veces por semana. Y se cocinan 35 gramos de *monchira borrachero* en un litro de agua, hasta reducirlo a una taza. Se le da a tomar al paciente esta taza endulzada con miel de abeja. Este es un tratamiento que se debe hacer por un tiempo bastante prolongado. Decía don Pedro que de este modo él “puso a caminar a más de un parálítico”. Don Pedro Juajibioy tenía en su jardín catorce variedades diferentes del Cáliz de Colores, la mayoría de las cuales no tenían aún la clasificación botánica.

En general, todos los tratamientos medicinales con las diversas variedades del Cáliz de Colores, requieren de un cuidado especial, como es el de no bañarse al otro día después de los baños y/o fricciones, debido a que estas sustancias son muy calientes.

Los guambianos, pueblo nativo del departamento del Cauca, conocen una variedad de borrachero, la *Brugmansia vulcanicola*, a la cual le dan el nombre de *yas*. El espíritu protector que habita en ella es el del Águila “que llega con el viento y desaparece”. Si alguien se queda por un tiempo junto al árbol, vivirá la experiencia de “olvidar todo, sintiéndose como si estuviera en alas del espíritu del *yas* (...) Si es una mujer (...) al descansar a la sombra del árbol, soñará

con hombres de la tribu de los paez, luego, una figura será depositada en su vientre y nacerá seis meses después como semillas del árbol”⁵. Experimentar el vuelo sagrado que propicia el Cáliz de Colores, nos permite vivir el olvido del enraizamiento a cualquier identidad, vivenciamos en devenir ave y disfrutar las maravillosas virtudes del misterio. La mujer dará a luz las semillas del árbol, quien como la Madre Tierra donará en este hijo virtudes curativas. La curación es su misterio. Un don de la Madre Tierra, entregada por el Águila. Mensajera de los mundos.

Kajuyali Tsamani.

⁵ Schultes y Hofmann. *Las Plantas de los Dioses*. Orígenes del uso de los alucinógenos, p. 140. Nueva edición, revisada por Christian Rätsch. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.